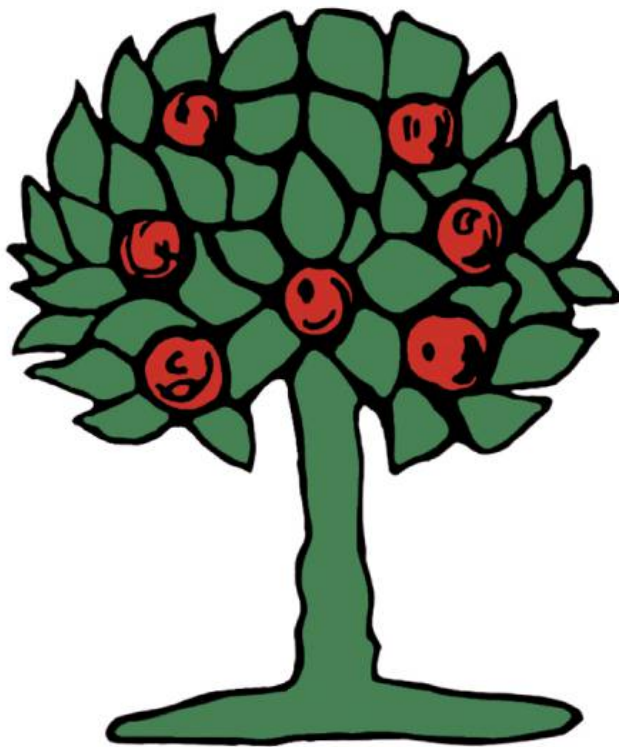


Mark Twain

Diario de Adán y Eva



DIARIO DE ADÁN Y EVA

Mark Twain

Diario de Adán y Eva

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE
Cristina García Ohlrich



Título original: *Diaries of Adam and Eve*

Ilustración de portada:
Detalle de la portada original del *Diario de Eva*
publicado por Harper&Brothers en 1906

© De la traducción, Cristina García Ohlrich, 2014
© Trama Editorial, 2014
Blanca de Navarra, 6
28010 Madrid
Tel.: 91 702 41 54
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es

ISBN: 978-84-941661-3-6
Depósito legal: M-9069-2014

Impreso en España
Realización gráfica: Calamar

Índice

Fragmentos del Diario de Adán	7
Diario de Eva	29
Fragmento del Diario de Adán	47
Fragmentos del Diario de Eva	51
Tras la caída	56
Cuarenta años después	59
En la tumba de Eva	60

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE ADÁN

Lunes

La nueva criatura de pelo largo me sale al paso a cada momento. No deja de rondarme y de perseguirme. No me gusta, no estoy acostumbrado a tener compañía. Preferiría que se quedara con el resto de los animales... Día nuboso, con viento en el este. Creo que tendremos lluvia... ¿Tendremos? ¿De dónde he sacado esa palabra? Ahora lo recuerdo: la utiliza la nueva criatura.

Martes

He estado observando la gran catarata. Es el lugar más llamativo de este territorio, creo. La nueva criatura lo llama las Cataratas del Niágara..., ella sabrá por qué. Dice que se *parece* a las Cataratas del Niágara. No es una razón, no es más que un capricho

y una majadería. Jamás llego a tiempo de ponerle nombre a nada. La nueva criatura se lo pone a todo lo que se le cruza en el camino, antes de que pueda protestar siquiera. Y siempre con el mismo pretexto: que si *parece* esto o aquello. Por ejemplo, el dodo. Dice que basta con mirarlo para saber al instante que «se parece a un dodo». Está claro que tendrá que quedarse con ese nombre. Me fastidia molestarme por esto, y de todos modos no me sirve de nada. ¡Dodo! Se parece a un dodo lo que yo.

Miércoles

Me he construido un refugio para guarecerme de la lluvia, pero no he podido disfrutarlo en paz. La nueva criatura lo invadió. Cuando traté de echarla empezó a derramar agua por los agujeros con que mira y a secársela con el revés de sus zarpas, con ese ruido que hacen los animales cuando están doloridos. ¡Ojalá no hablara! Siempre está hablando. En ella suena como un vulgar murmullo, un parloteo. No, no es verdad. Jamás he escuchado una voz humana, y cualquier sonido nuevo y extraño que surge en la solemne quietud de estas soledades de ensueño ofende mi oído y me suena a nota falsa. Y este nuevo sonido surge tan cerca de mí; justo

encima de mi hombro, en mi oreja, primero a un lado y después al otro, cuando hasta ahora sólo había escuchado sonidos más o menos distantes.

Viernes

Ese nombrar las cosas prosigue inexorable, haga lo que haga. Yo tenía un nombre muy bueno para este territorio, musical y bonito: JARDÍN DEL EDÉN. Sigo llamándolo así para mis adentros, pero no en público. La nueva criatura dice que está lleno de bosques, rocas y paisajes, y que no se parece en nada a un jardín. Dice que *parece* un parque, y no otra cosa. Por ello lo ha rebautizado sin consultarme: PARQUE DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA. Un tanto pretencioso, a mi entender. Y hasta ha colgado un letrero:

NO PISAR EL CÉSPED

Mi vida no es tan grata como solía ser.

Sábado

La nueva criatura come demasiada fruta. No me extrañaría que se nos acabara. ¡Otra vez el «nos»! Es una palabra suya, y ahora también mía de tanto

oírla. La mañana amaneció con niebla muy espesa. Cuando hay niebla no salgo. La nueva criatura, sí. Sale haga el tiempo que haga y vuelve con los pies llenos de barro. Y habla. ¡Qué agradable y apacible era esto antes!

Domingo

Pasable. Este día resulta cada vez más molesto. El pasado mes de noviembre se seleccionó y distinguió como día de descanso. Antes yo tenía seis por semana. Esta mañana encontré a la nueva criatura tratando de coger manzanas del árbol prohibido.

Lunes

La nueva criatura dice que su nombre es Eva. Está bien, no tengo inconveniente. Dice que es para llamarla cuando quiera que venga. Le dije que en tal caso era superfluo. Esta palabra suscitó su admiración. De hecho, es una palabra larga y acertada, y pienso repetirla. Dice que no es una cosa, que es una persona. Yo tengo mis dudas al respecto, y en cualquier caso poco importa: no me interesa lo que sea mientras se las arregle sola y no hable.

Martes

Ha ensuciado el territorio entero llenándolo de nombres execrables y ofensivos letreros:

HACIA EL REMOLINO

HACIA LA ISLA DE LA CABRA

HACIA LA GRUTA DE LOS VIENTOS

Dice que este parque podría ser un hermoso lugar de veraneo si existiera tal costumbre. Lugar de veraneo –otro de sus inventos–, meras palabras sin significado. ¿Qué es un lugar de veraneo? Pero será mejor no preguntarle, tiene tal ansia por explicarse...

Viernes

Se ha empeñado en que no vaya a las cataratas. ¿Qué tiene de malo? Dice que le hacen estremecer. Me pregunto por qué: llevo mucho tiempo haciéndolo, siempre me ha gustado saltar a sus frescas aguas. Suponía que para eso estaban. No veo para qué han de servir si no, y para algo fueron creadas. Dice que sólo se crearon como decorado, al igual que el rinoceronte y el mastodonte.

He cruzado las cataratas en un barril: no le gustó. Lo hice en una tina, tampoco le agradó. Nadé en el remolino y en los rápidos con un traje de hoja de higuera. Se estropeó. A continuación tuve que escuchar una retahíla de aburridísimas quejas por mi extravagancia. Me siento demasiado atado aquí. Necesito cambiar de aires.

Sábado

El martes por la noche me escapé y estuve caminando dos días. Me construí otro refugio en un lugar retirado, borré mis huellas lo mejor que pude, pero ella me siguió la pista gracias a una bestia que ha domesticado y a la que llama lobo. Llegó haciendo otra vez ese ruido lastimero y derramando agua por los agujeros por los que mira. Me vi obligado a volver con ella, pero pronto emigraré de nuevo, en cuanto tenga ocasión. Se ocupa de muchas cosas necias, entre otras, de averiguar por qué los animales llamados tigres y leones se alimentan de hierba y de flores, cuando, según dice, el tipo de dientes que tienen indicaría que están destinados a comerse los unos a los otros. Una estupidez, porque eso significa que se matarían, lo que, en mi opinión, introduciría aquello que se llama «muerte»

y, hasta donde yo sé, la muerte aún no ha irrumpido en el Parque. Lo que en cierto sentido no deja de ser una lástima.

Domingo

Pasable.

Lunes

Creo que he descubierto para qué sirve la semana: para dar tiempo a recuperarse del cansancio del domingo. Parece una buena idea... Ha intentado trepar de nuevo al árbol. La bajé. Dijo que nadie miraba. Parece que lo considera una justificación para aventurarse a cualquier acto temerario. Se lo dije. La palabra justificación despertó su admiración y creo que también su envidia. Es una buena palabra.

Martes

Me ha dicho que está hecha de una costilla sacada de mi cuerpo. Eso es cuando menos dudoso, si no más. No echo en falta ninguna costilla... Le preocupa mucho el buitre. Dice que la hierba no le sienta

bien; tiene miedo de no poder criarlo, piensa que debe alimentarse de carne podrida. Que se las arregle con lo que hay. No podemos trastocar todo el sistema para darle gusto al buitre.

Sábado

Ayer se cayó en el estanque mientras se miraba en él, que es lo que hace siempre. Estuvo a punto de ahogarse, y dijo que era extremadamente desagradable. Eso le hizo apenarse por las criaturas que viven allí, a las que llama peces, porque sigue poniéndole nombre a cosas que no lo necesitan y que no acuden cuando se les llama, algo que no le importa en absoluto. Es tan torpe... De modo que ayer por la noche sacó un montón de peces, los llevó al refugio y los puso en mi cama para que estuvieran calientes, pero hoy he estado observándolos de cuando en cuando y no los veo más felices que antes, sólo más tranquilos. Cuando anochezca los echaré. No estoy dispuesto a dormir de nuevo con ellos; son pegajosos y desagradables cuando uno se acuesta a su lado sin nada encima.

Domingo

Pasable.

Martes

Ahora la ha tomado con una serpiente. Los animales están aliviados, porque siempre andaba experimentando con ellos y molestándolos, y yo estoy contento porque la serpiente habla, y eso me da un respiro.

Viernes

Dice que la serpiente le recomienda probar la fruta de ese árbol, y afirma que nos proporcionará una cultura exquisita. Le he dicho que también tendrá otra consecuencia: introducirá la muerte en el mundo. Fue un error, habría sido mejor guardarme la observación, sólo conseguí darle una idea. Podría salvar al buitre enfermo y obtener carne fresca para los abatidos leones y tigres. Le aconsejé que se mantuviera alejada del árbol. Dijo que no lo haría. Sospecho que habrá problemas. Emigraré.

Miércoles

Han ocurrido muchas cosas. Anoche me escapé y cabalgué toda la noche, lo que dio de sí el caballo, confiando en salir del Parque y esconderme en otro país antes de que empiecen los problemas, pero no hubo forma. Alrededor de una hora después de que saliera el sol, mientras cabalgaba por una llanura florida, donde pastaban, dormitaban o jugueteaban a placer miles de animales, de pronto oí un terrible estruendo y en un instante la llanura fue presa de una frenética conmoción, y las bestias se lanzaron unas contra otras. En seguida supe lo que eso significaba: Eva había comido la fruta y la muerte había irrumpido en el mundo... Los tigres devoraron a mi caballo haciendo caso omiso de mis advertencias, y me habrían devorado a mí si hubiese permanecido allí, cosa que no hice, pues desaparecí a toda prisa... Encontré este lugar, lejos del Parque, y estuve muy a gusto unos cuantos días. Pero ella dio conmigo. Me ha encontrado y ha bautizado el lugar Tonawanda. Dice que *parece* Tonawanda. En realidad no lamento que haya venido, porque aquí no hay más que magros desperdicios y ella llevaba consigo algunas manzanas de ese árbol. Me vi obligado a

comerlas, ¡tenía tanta hambre! Contravine mis principios, pero he constatado que de nada valen los principios cuando se tiene hambre. Llegó envuelta en ramas y hojas, y cuando le pregunté qué significaba esa majadería, tras arrancárselas y tirarlas al suelo, soltó una risita y se ruborizó. Jamás había visto a nadie reír así y ruborizarse. Me pareció poco favorecedor e idiota. Me dijo que pronto sabría por mí mismo lo que era eso. Tenía razón. A pesar del hambre, dejé la manzana a medias –en verdad la mejor que he probado nunca, teniendo en cuenta lo tardío de la estación– y me cubrí con las ramas y las hojas que había tirado. Entonces le hablé con dureza y le ordené que fuera a buscar más y no diera el espectáculo. Así lo hizo, y nos arrastramos hacia el lugar donde había estallado la batalla de las bestias; recogimos algunas pieles y le hice confeccionar un par de trajes apropiados para las apariciones en público. Son incómodos, es cierto, pero elegantes, y de eso se trata... Creo que no está mal como compañera. Siento que sin ella me sentiría triste y deprimido, ahora que he perdido mi propiedad. Ah, otra cosa: dice que se nos ha ordenado trabajar para subsistir. Ella me será útil. Yo dirigiré.

Diez días después

¡Me acusa de ser la causa de nuestra ruina! Dice —y no parece que mienta— que la serpiente le aseguró que la fruta prohibida no era la manzana, sino las castañas. Le respondí que entonces yo era inocente, pues no las había probado. Dijo que «castaña» era una especie de metáfora referida a un chiste viejo y torpe. Me puse lívido, pues es verdad que he inventado muchos chistes para vencer el tedio, y algunos de ellos han podido ser de esos, a pesar de que en el momento de crearlos creía honestamente que eran nuevos. Me preguntó si había inventado alguno justo en el momento de la catástrofe. Tuve que admitir que había contado uno para mis adentros, aunque no en voz alta. Consistía en lo siguiente: estaba pensando en las cataratas y me dije: «¡Qué maravilla ver ese gran chorro de agua cayendo!». Entonces una brillante idea cruzó mi mente y la dejé abrirse paso: «¡Pero cuánto mejor sería verlo *subir!*!», y estaba a punto de desternillarme de risa cuando la naturaleza se desató sembrando guerras e insidias, y tuve que huir para salvar el pellejo. «Ahí lo tienes», dijo ella triunfante, «eso es, precisamente. La serpiente mencionó esa misma broma llamándola Primera Castaña, y dijo que era tan vieja como la creación». Así que la culpa

es mía. Si no hubiera sido tan ingenioso... ¡Ay, ojalá no hubiera concebido tan brillante idea!

Un año después

Lo hemos llamado Caín. Lo cazó mientras yo estaba poniendo trampas en la costa norte de Eire. Lo atrapó en el monte a dos millas de nuestra cueva (o tal vez fueran cuatro, no está segura). Se parece a nosotros en algunas cosas, y es posible que haya algún vínculo. Eso es lo que ella piensa, pero a mi juicio es un error. La diferencia de tamaño avala la conclusión de que se trata de un tipo de animal nuevo y distinto; quizá un pez, aunque cuando lo puse en el agua para comprobarlo se hundió, y ella se tiró para pescarlo antes de que el experimento nos diera ocasión de zanjar la cuestión. Sigo pensando que es un pez, pero a ella le importa muy poco y no creo que me deje constatarlo. No lo entiendo. La llegada de la criatura parece haber trastornado su naturaleza por completo y no atiende más a razones en los experimentos. Piensa más en la criatura que en cualquier otro animal, pero no es capaz de explicar por qué. Su mente está ofuscada, es evidente. A veces mece al pez media noche, cuando se queja deseoso de regresar al agua. En esas ocasiones vuelve

a salirle agua por los agujeros por los que mira, y ella le da palmaditas en la espalda, emite dulces sonidos con su boca para calmarlo y se muestra afligida y solícita de mil maneras. Jamás la he visto comportarse así con otro pez, y eso me preocupa sobremanera. Antes de que perdiéramos nuestra propiedad solía pasear con los cachorros de tigre y jugar con ellos, pero no era más que un juego; jamás organizó semejante revuelo cada vez que se indigestaban.

Domingo

Los domingos no trabaja, sino que permanece tumbada, exhausta, mientras el pez se revuelca encima de ella; emite estúpidos ruiditos para divertirlo y hace como si fuera a comerse sus garras, lo que lo hace reír. Jamás vi a un pez capaz de reír. Eso me hace dudar... Incluso a mí empiezan a gustarme los domingos. ¡Dirigir toda la semana cansa tanto el cuerpo! Debería haber más domingos. En los viejos tiempos me parecían odiosos, pero ahora vienen muy bien.

Miércoles

No es un pez. No logro descubrir qué es. Hace unos extraños y endiablados ruidos cuando no está

satisfecho y dice «gu-gu» cuando lo está. No es de los nuestros, porque no camina; no es un pájaro, pues no vuela; no es una rana, ya que no salta; no es una serpiente, porque no se arrastra. Estoy seguro de que no es un pez, aunque aún no he tenido ocasión de comprobar si nada o no. Se limita a permanecer tumbado, casi siempre boca arriba, con los pies en alto. Jamás he visto a ningún animal hacer tal cosa. Cuando dije que la criatura me parecía un enigma, ella se limitó a admirar la palabra sin comprenderla. A mi juicio es un enigma, o alguna clase de insecto. Si muere lo abriré para ver cómo está hecho. Nunca vi nada tan desconcertante.

Tres meses después

Mi desconcierto aumenta en vez de disminuir. Apenas duermo. Ya no está tumbado, sino que camina sobre sus cuatro patas. Y, sin embargo, difiere del resto de los cuadrúpedos en que sus patas delanteras son demasiado cortas y por eso su torso se yergue de un modo desagradable en el aire, lo que resulta poco atractivo. Su constitución se parece mucho a la nuestra, pero su forma de desplazarse prueba que no pertenece a nuestra especie. Sus patas delanteras, demasiado cortas, y las traseras,

excesivamente largas, parecen indicar que pertenece a la familia de los canguros, pero debe de tratarse de una variedad especial, ya que los canguros brincan, mientras que éste jamás lo ha hecho. Pero no deja de ser una variedad curiosa e interesante, y aún no ha sido catalogada. Al haberlo descubierto, creo que tengo derecho a asegurarme el mérito dándole mi nombre, por lo que lo he llamado *Canguro adamiensis*... Debía de ser un cachorro cuando llegó, pues ha crecido extraordinariamente desde entonces. Ahora debe de ser cinco veces mayor, y cuando está descontento es capaz de producir de veintidós a treinta y ocho veces el ruido que hacía al principio. Coaccionarlo no sirve de nada, más bien tiene un efecto negativo. Por ello alterno los procedimientos. Ella lo aplaca mediante la persuasión y dándole cosas que previamente ha afirmado que no le daría. Como ya señalé, yo no estaba en casa cuando llegó, y ella me dijo que lo había encontrado en el bosque. Sería muy raro que fuese el único de su especie y, sin embargo, debe de ser así, pues llevo semanas tratando desesperadamente de encontrar otro espécimen para añadirlo a mi colección y para que éste juegue con él, pues de ese modo se aplacaría y nos resultaría más fácil domesticarlo. Pero no lo encuentro, ni he hallado vestigio alguno de su

existencia; y, lo que es aún más raro, ni siquiera una huella. No vive en los árboles, pues es un ser desvalido. Y, siendo así, ¿cómo es que no deja huellas a su paso? He puesto una docena de trampas, pero no me han servido de nada. He cazado toda clase de alimañas a excepción de ésta, animales que entran en la trampa por mera curiosidad, creo que para ver para qué está ahí la leche. Jamás la beben.

Tres meses después

El canguro sigue creciendo, lo que resulta muy extraño y desconcertante. Jamás he conocido a ningún animal que tardase tanto en alcanzar su debido tamaño. Ahora tiene pelo en la cabeza; no es como el de los canguros, sino exactamente como el nuestro, salvo que el suyo es mucho más fino y suave y, en lugar de negro, es rojo. El tortuoso y arbitrario desarrollo de este monstruo zoológico inclasificable me va a volver loco. Si pudiera cazar otro... pero no hay manera: se trata de una variedad nueva, y éste es el único ejemplar, eso está claro. Pero atrapé a un canguro de verdad y lo llevé a casa pensando que éste, sintiéndose solo, preferiría tenerlo por compañía antes que carecer de parientes o cualquier otro animal que le resultase próximo o despertase su

simpatía, perdido como está, aquí, entre extraños que desconocen sus modos y hábitos, o qué hacer para que se sienta como entre amigos. Pero fue un error: se puso tan nervioso a la vista del canguro que me convencí de que jamás había visto uno. Este pobre y ruidoso animalillo me da pena, pero no sé qué hacer para que se sienta a gusto. Si pudiera domesticarlo... pero eso está descartado. Cuanto más me esfuerzo, peor lo hago. Me apena terriblemente asistir a sus pequeños arrebatos de pena y de ira. Quise dejarlo marchar, pero ella no quiere ni oír hablar de ello. Quizá se sienta más solo que nunca. ¿Cómo no ha de ser así, si ni yo soy capaz de encontrar otro?

Cinco meses después

No es un canguro. No, porque se yergue agarrándose del dedo de ella, y de ese modo camina unos pasos sobre sus patas traseras; luego se cae. Probablemente es alguna clase de oso, aunque no tiene rabo —por el momento— y carece de pelaje, salvo en la cabeza. Sigue creciendo, lo que es curioso, pues los osos alcanzan su tamaño definitivo antes que esta criatura. Los osos son peligrosos —desde la catástrofe— y no me agrada la idea de tenerlo

merodeando por aquí sin un bozal. Le he propuesto a ella conseguirle un canguro si deja marchar a éste, pero no ha servido de nada: creo que está decidida a hacernos correr toda clase de estúpidos riesgos. No era así antes de perder la cabeza.

Cinco días después

Le he examinado la boca. Aún no hay peligro: sólo tiene un diente. Aún no tiene rabo. Ahora hace más ruido que nunca, sobre todo por la noche. Me he mudado. Pero pasaré por las mañanas a desayunar y comprobar si le salen más dientes. Cuando se le llene la boca de dientes será el momento de echarlo, con rabo o sin él, pues un oso no necesita rabo para ser peligroso.

Cuatro meses después

He estado un mes fuera cazando y pescando en la región que ella llama Búfalo, no sé por qué, a no ser que sea porque no hay búfalos. Entretanto, el oso ha aprendido a gatear sobre sus patas traseras y dice «papa» y «mama». No cabe duda de que se trata de una especie nueva. La semejanza con las palabras puede ser meramente accidental, desde luego, y tal

vez no responda a ninguna intención o significado. Pero incluso así resulta extraordinario y es algo que ningún otro oso puede hacer. Esta imitación del lenguaje, junto con la ausencia de pelaje y la absoluta falta de rabo, denotan a las claras que es una nueva clase de oso. Un estudio más detallado resultará enormemente interesante. Entretanto me aventuraré a una larga expedición por los bosques del norte. Tiene que haber otro ejemplar en algún lugar, y éste resultará menos peligroso en compañía de otro de su especie. Me marcharé en seguida, pero antes le pondré un bozal.

Tres meses después

Ha sido una cacería agotadora y, sin embargo, no he tenido éxito. En el ínterin, y sin moverse de nuestro territorio, ¡ella ha atrapado a otro! Jamás he visto tanta suerte. Yo podría haber rastreado estos bosques cien años sin cruzarme con ninguno.

Al día siguiente

He estado comparando el nuevo con el viejo, y está claro que son de la misma raza. Quería disecar a uno de ellos para mi colección, pero por alguna

razón ella se opone. De modo que he desechado la idea, aunque considero que es un error. Si llegaran a escaparse sería una pérdida irreparable para la ciencia. El más viejo es más dócil que antes y se ríe y habla como una cotorra, al estar conviviendo con la otra cotorra y gracias a sus facultades imitativas, enormemente desarrolladas. Me sorprendería que resultara ser una nueva clase de cotorra y, sin embargo, no debería extrañarme, ya que ha sido toda clase de cosas imaginables desde aquellos primeros días en que era un pez. El nuevo es ahora tan feo como el viejo al principio; tiene la misma tez sonrosada y amoratada y la misma cabeza calva. Ella lo llama Abel.

Diez años después

Son chicos. Lo descubrimos hace tiempo. Lo que nos confundió fue que llegaran con esa forma pequeña e inmadura; no estábamos acostumbrados. Ahora también hay algunas niñas. Abel es un buen chico, pero Caín habría hecho mejor quedándose en oso. Tras todos estos años, veo que estaba equivocado con respecto a Eva. Es mejor vivir con ella fuera del Jardín que fuera de él sin ella. Al principio pensé que hablaba demasiado,

pero ahora lamentaría que esa voz se callara y saliera de mi vida. ¡Bendita sea la castaña que nos acercó y me enseñó a conocer la bondad de su corazón y la dulzura de su espíritu!

DIARIO DE EVA

Sábado

Ya tengo casi un día de edad. Llegué ayer. O al menos eso creo. Y debe de ser así, pues si hubo un día antes de ayer, yo no estaba allí cuando ocurrió, o lo recordaría. Podría ser, desde luego, que sucediera y que no estuviera prestando atención. Bien, desde ahora estaré atenta y si ocurre algún día antes de ayer, tomaré nota. Lo mejor será empezar bien y no mezclar las cosas, pues la intuición me dice que algún día estos detalles serán de capital importancia para los historiadores. Pues me siento como un experimento. No creo que nadie pueda sentirse más un experimento que yo, y por eso estoy casi persuadida de que eso es lo que *soy*... un experimento y nada más.

Pero, si soy un experimento, ¿soy todo el experimento? No, creo que no. Creo que los demás

también forman parte de él. Yo soy la parte fundamental, pero creo que los otros también tienen un papel en el asunto. ¿Es segura mi posición, o debo estar atenta y cuidar de ella? Quizá lo último. Mi intuición me dice que la eterna vigilancia es el precio de la supremacía. [Una buena frase, me parece, para alguien tan joven.]

Hoy todo parece mejor que ayer. Y es que ayer, con las prisas por terminar, las montañas se amontonaron, desiguales, y algunas de las llanuras quedaron tan desordenadas y llenas de restos y basura, que daba pena verlas. Las obras de arte nobles y hermosas no deberían estar sujetas a la prisa, y este espléndido nuevo mundo es de hecho la obra más noble y hermosa que concebirse pueda. Y sin duda está muy cerca de ser perfecta, a pesar de la brevedad del tiempo transcurrido. Hay demasiadas estrellas en algunos lugares y pocas en otros, pero podrá enmendarse, no me cabe duda. Anoche la luna se soltó y cayó del marco: una grave pérdida, sólo pensarlo me rompe el corazón. De todos los decorados y adornos, no hay nada que pueda comparársele en belleza y terminación. Habría que haberla ajustado mejor. Si pudiéramos recuperarla...

Pero, desde luego, no hay modo de saber dónde está. Y, además, quien la encuentre la esconderá.

Lo sé porque yo misma lo haría. Creo que en todo lo demás soy honrada, pero empiezo a comprender que la esencia y el núcleo de mi naturaleza es el amor por lo bello, una auténtica pasión por lo bello, y que no sería prudente fiarse de mí en el caso de toparme con la luna de otra persona si ésta no supiera que la tengo. Podría renunciar a una luna que encontrase de día, porque temería que me vieran cogerla. Pero si la encontrase en la oscuridad, estoy segura de que daría con alguna excusa para no decir nada. Porque adoro las lunas, son tan hermosas y tan románticas. Me gustaría que tuviéramos cinco o seis. No me iría nunca a la cama y no me cansaría de mirarlas tumbada en el banco de musgo.

También las estrellas están bien. Me gustaría atrapar algunas para adornar mi cabello. Pero supongo que no lo lograré. Te sorprendería saber lo lejos que están, porque no lo parece. Anoche, cuando aparecieron por primera vez, traté de bajar algunas con un palo, pero no las alcanzaba, lo que me extrañó. Entonces probé a tirarles puñados de tierra hasta cansarme, pero no conseguí ninguna. Es porque soy zurda y no tengo buena puntería. Incluso cuando apuntaba a la que no quería, era incapaz de darle a la otra, aunque alguna vez sí las

rocé, pues vi la masa negra del terrón dirigirse al centro de varios ramilletes cuarenta o cincuenta veces y errarlos por poco. Si hubiera aguantado un poco más, tal vez habría atrapado alguna.

Así que lloré un ratito, lo que es natural, supongo, en alguien de mi edad, y cuando me repuse cogí una cesta y me dirigí hacia uno de los extremos del círculo, donde las estrellas están más cerca del suelo y podía cogerlas con las manos, lo que desde luego era preferible, porque entonces podría cogerlas con cuidado, sin romperlas. Pero estaban más lejos de lo que pensaba, y finalmente claudiqué. Estaba tan cansada que no era capaz de dar un solo paso. Además, tenía los pies magullados y me dolían muchísimo.

No pude regresar a casa, estaba demasiado lejos y empezaba a refrescar. Pero encontré a unos tigres y me cobijé con ellos. Estuve comodísima, y su aliento era delicioso, dulcísimo, porque se alimentan de fresas. Era la primera vez que veía un tigre; los reconocí al instante por las rayas. ¡Ojalá pudiera hacerme con una de esas pieles! Me haría un traje precioso.

Hoy consigo hacerme una idea más precisa de las distancias. Estaba tan ansiosa por apoderarme de todas las cosas bonitas que veía, que me atolon-

draba al ir a cogerlas, y a veces estaban demasiado lejos, y otras, aun cuando no fuera más que seis pulgadas, creía que estaban a un pie, y encima ¡con espinas por medio! He aprendido una lección, y también formulé un axioma yo solita, el primero: *El Experimento arañado rehuye las espinas*. Creo que es muy bueno para ser de alguien tan joven.

Ayer por la tarde seguí de lejos al otro Experimento por ver para qué servía, si es que lograba descubrirlo. Pero no fui capaz de averiguarlo. Creo que es un hombre. Nunca había visto a un hombre, pero lo parecía, y estoy segura de que eso es lo que es. Constató que me provoca más curiosidad que ningún otro reptil. Si se trata de un reptil, que creo que lo es, pues tiene el pelo desaliñado y los ojos azules, y todo el aspecto de un reptil. No tiene caderas, hacia abajo se afina como una zanahoria, y cuando se yergue se despliega como un abanico. Así que pienso que es un reptil, aunque quizá me confunda su complexión.

Al principio le tenía miedo y echaba a correr cada vez que aparecía, pensando que se lanzaría en pos de mí. Pero después me di cuenta de que lo único que quería era alejarse; a partir de entonces perdí la timidez y lo seguí por todas partes, durante horas, a unas veinte yardas, lo que le ponía ner-

vioso y parecía desagradarle. Al final estaba bastante preocupado y se subió a un árbol. Esperé un buen rato, luego abandoné y me fui a casa.

Hoy ocurrió lo mismo. De nuevo lo hice subir al árbol.

Domingo

Aún sigue allí. Descansando, al parecer. Pero no es más que un subterfugio: el domingo no es día de descanso, para eso se ha designado el sábado. Me parece que la criatura está más interesada en descansar que en ninguna otra cosa. A mí me cansaría descansar tanto. Ya me cansa permanecer sentada observando el árbol. Me pregunto para qué sirve: nunca lo veo hacer nada.

Anoche devolvieron la luna, ¡me puse tan contenta! Creo que es muy honesto por su parte. Luego volvió a resbalar y a caer, pero ya no me inquietó: no hay necesidad de preocuparse con vecinos así, estoy segura de que la devolverán. Ojalá pudiera hacer algo para demostrarles mi aprecio. Me gustaría enviarles algunas estrellas, pues tenemos más de las que necesitamos. Quiero decir yo, no nosotros, pues veo que el reptil no se preocupa por esas cosas.

Tiene un gusto rastrero y no es amable. Al acercarme ayer, de anochecida, se había bajado del árbol y estaba tratando de atrapar a los pececitos veteados que juegan en el estanque, y tuve que tirarle tierra para hacerlo subir de nuevo al árbol y que los dejara tranquilos. ¡Me pregunto si sirve para *eso*! ¿Es que no tiene corazón? ¿No siente ninguna compasión por esas pobres criaturas? ¿Acaso ha sido concebido y diseñado para tan innoble trabajo? Por su aspecto se diría que sí. Le tiré un puñado de tierra que le dio detrás de la oreja y entonces usó el lenguaje. Sentí un escalofrío, pues era la primera vez que oía hablar, salvo cuando yo lo hacía. No entendí las palabras, pero parecían expresivas.

Cuando descubrí que podía hablar sentí un renovado interés por él, pues me encanta hablar, hablo todo el día, incluso en sueños, y soy muy interesante, pero si tuviera a otro a quien hablar sería doblemente interesante y jamás pararía, si así lo desease.

Si ese reptil es un hombre, no es una *cosa*. No sería gramaticalmente correcto llamarlo *cosa*, ¿no? Creo que entonces habría que decir *él*. Eso es lo que creo. En tal caso se declinaría de este modo: nominativo, *él*; dativo, *a él*; genitivo, *de él*. Bien, lo consideraré un hombre y lo llamaré *él* hasta saber

qué es. Será más práctico que seguir con tantas incógnitas.

Al domingo siguiente

He estado siguiéndolo toda la semana para darme a conocer. Tuve que llevar todo el peso de la conversación, porque estaba cohibido, pero no me importó. Parecía contento de tenerme cerca y empleé mucho el «nosotros», tan sociable, pues parecía halagado de que lo incluyera.

Miércoles

La verdad es que nos llevamos muy bien y cada vez nos conocemos mejor. Ya no me rehuye, lo que es un buen síntoma, y da pruebas de que le gusta tenerme cerca. Eso me agrada, y he decidido que lo ayudaré en todo lo que pueda para ganarme su estima. En los últimos días lo he relevado del trabajo de nombrar a las cosas, lo que ha supuesto un gran alivio para él, pues no tiene ningún talento en ese sentido; es evidente que está agradecido. Nunca es capaz de pensar en un nombre razonable aunque sólo sea para salvar las apariencias, pero yo no le hago ver que he reparado en su defecto. En cuanto

se nos acerca una nueva criatura, la nombro antes de darle tiempo a exponerse a un embarazoso silencio. Yo no tengo ese defecto. En cuanto avisto un animal sé lo que es, no necesito reflexionar ni un momento. El nombre certero surge al instante, como respondiendo a una inspiración. Y sin duda lo es, pues estoy segura de que el nombre no estaba en mí medio minuto antes. Parece que sé de qué animal se trata sólo por la forma y el comportamiento de la criatura.

Cuando apareció el dodo creyó que era un gato montés, lo vi en sus ojos. Pero no le di tiempo a equivocarse. Y tuve buen cuidado de no hacerlo de un modo que pudiera herir su orgullo. Sencillamente dije, con naturalidad, gratamente sorprendida, y no como si revelase una información que sólo yo conocía: «Bien, ¡o mucho me equivoco, o aquí tenemos al dodo!». Le expliqué –sin dar la sensación de estar explicando nada– cómo había sabido que era un dodo y, aunque me pareció ver que se había picado un poco por no haberlo reconocido y yo sí, era evidente que aquello suscitó su admiración. Fue muy agradable, y antes de dormirme lo recordé más de una vez con placer. ¡Qué dicha extraemos de una pequeñez cuando sentimos que nos lo hemos merecido!

Jueves

Mi primera pena. Ayer me evitó y parecía desear que no le hablara. No podía creerlo, y pensé que debía haber algún error, porque a mí me gusta mucho estar con él y me encanta oírlo hablar. ¿Cómo ha podido ser tan desabrido conmigo, si no le había hecho nada? Pero al fin me convencí de que así era, y me alejé y me senté sola en el lugar donde lo había visto la mañana en que fuimos hechos y aún no sabía qué era y me era indiferente. Pero ahora era un lugar lúgubre y todas las cosas me hablaban de él, y tenía el corazón deshecho. No sé muy bien por qué, pues era un sentimiento nuevo. Jamás lo había experimentado, todo me parecía un misterio y no supe desentrañarlo. Pero cuando llegó la noche no pude soportar tanta soledad, y me acerqué al nuevo refugio que se ha construido para preguntarle qué mal había hecho y cómo podía repararlo y recuperar su favor. Pero él me arrojó de nuevo a la lluvia, y ésa fue mi primera pena.

Domingo

Todo vuelve a ser placentero y me siento feliz. Pero fueron días amargos; si puedo, intento no pensar

en ellos. He tratado de conseguirle algunas de esas manzanas, pero no soy capaz de tirar en línea recta. No lo conseguí, pero creo que le agradó ver que mi intención era buena. Está prohibido comerlas, y él dice que lo lamentaré, pero si llego a lamentarlo será por agradarle, y así, ¿qué me importa el daño?

Lunes

Esta mañana le revelé mi nombre confiando en que le interesara. Pero no le interesó. Es extraño. Si él me dijera su nombre, me importaría. Creo que sería más grato a mis oídos que cualquier otro sonido.

Habla muy poco. Quizá sea porque no es muy inteligente y, como es susceptible, quiere ocultarlo. Es una pena que piense así, pues la inteligencia no vale nada, lo importante es el corazón. Quisiera hacerle comprender que un corazón bueno y amante es riqueza y que con esa riqueza basta, y que sin un buen corazón el intelecto es pobreza.

A pesar de lo poco que habla, posee un vocabulario considerable. Esta mañana empleó una palabra sorprendentemente buena. Es evidente que él mismo se dio cuenta de que era una buena palabra, pues la repitió dos veces como al azar. No

es que fuera muy sutil, pero demostró cierta perspicacia. No cabe duda de que, si se cultiva, esa semilla puede crecer.

¿De dónde sacaría esa palabra? No recuerdo haberla usado nunca.

No, mi nombre no le interesó lo más mínimo. Traté de ocultar mi desencanto, pero supongo que no lo logré. Me alejé y me senté en el banco de musgo hundiendo los pies en el agua. Suelo ir allí cuando tengo necesidad de compañía, de alguien a quien mirar, alguien a quien hablar. No me basta con ella —ese encantador cuerpo blanco dibujado en el estanque—, pero algo es, y eso siempre es mejor que la soledad absoluta. Habla cuando yo hablo, se apena cuando yo estoy triste, y me conforta con su simpatía. Me dice: «No estés decaída, mi querida niña solitaria. Yo seré tu amiga». Y es cierto que *es* una buena amiga, y la única: es mi hermana.

¡Ah, la primera vez que me abandonó! ¡Jamás lo olvidaré, jamás, jamás! ¡El corazón me pesaba como el plomo! Me dije, «era todo lo que tenía, ¡y ahora se ha ido!». En mi desesperación llegué a gritar: «¡Detente, corazón, no puedo soportar más esta vida!». Escondí la cara entre las manos y no hallaba consuelo. Y cuando, más tarde, las retiré, allí estaba

de nuevo, blanca, resplandeciente, hermosísima, ¡y salté a sus brazos!

Fue la felicidad perfecta; ya antes había conocido la felicidad, pero no era como aquello, un puro éxtasis. Nunca más volví a dudar de ella. A veces se alejaba, una hora tal vez, o el día entero, pero yo la esperaba sin un asomo de duda. Me decía, «estará ocupada, o se ha ido de viaje, pero volverá». Y así era, siempre volvía. De noche no acude si está oscuro, pues es una criaturita tímida. Pero si hay luna, aparece. A mí no me asusta la oscuridad, pero ella es más joven: nació después de mí. No dejo de visitarla, ella es mi apoyo y mi refugio cuando la vida me resulta excesivamente dura, y casi siempre lo es.

Martes

Durante toda la mañana he estado ocupada en la mejora del territorio. No me he acercado a él a propósito confiando en que se sintiera solo y viniera a verme. Pero no lo ha hecho.

A mediodía decidí descansar y me entretuve revoloteando con las abejas y las mariposas y retozando entre las flores, esas maravillosas criaturas que le arrebatan al cielo la sonrisa de Dios para conservarla. Estuve haciendo coronas y guirnaldas con

ellas, y me hice un vestido mientras almorzaba... manzanas, por supuesto. Luego me senté a la sombra pensando en él, esperándolo. Pero no vino.

No importa. No habría servido de nada, pues no le interesan las flores. Las considera basura, no es capaz de distinguir unas de otras, y se cree superior por pensar así. Tampoco se preocupa por mí, no se preocupa por las flores, no se preocupa por el cielo pintado al caer la tarde, ¿acaso hay algo que le importe, salvo construir cabañas donde guarecerse de la buena y limpia lluvia, aporrear melones, recoger uvas y manosear la fruta de los árboles para ver cómo prosperan sus bienes?

Puse un palo seco en el suelo y traté de abrir un agujero con otro, de acuerdo con el plan que me había trazado, pero me di un susto tremendo. De pronto, un humo azulado, fino y transparente salió del agujero. ¡Yo lo solté todo y eché a correr! Pensé que era un espíritu, ¡estaba tan asustada! Pero volví la vista y no me seguía, de modo que me recliné en una roca para descansar y recuperar el aliento, y dejé que mis miembros siguieran temblando hasta que se calmaron. Luego volví al lugar deslizándome con cautela, alerta, al acecho y dispuesta a huir en cuanto hiciera falta. Y al llegar allí aparté las ramas de un rosal para ver a través de ellas —deseando que el

hombre estuviera cerca, pues estaba preciosa, tan sagaz—, pero el espíritu se había esfumado. Regresé para mirar y descubrí en el agujero una pizca de delicado polvo rosado. Lo toqué con el dedo para notar su tacto y exclamé ¡ay!, y volví a sacarlo. ¡Sentí un dolor cruel! Me cubrí el dedo con la mano y me puse a gruñir dando saltitos de un pie al otro, con lo que acabé calmando mi dolor. Luego sentí un vivo interés y me puse a observar aquel polvillo rosado.

Tenía curiosidad por saber lo que era. De pronto me vino a la mente su nombre, aunque jamás lo había oído. ¡Era *fuego*! Estaba tan segura como pueda estarlo una persona ante cualquier fenómeno. Y, así, lo nombré sin titubear: fuego.

Había creado algo que no existía antes; había añadido un nuevo objeto a las innumerables propiedades del mundo. Así lo constaté. Aquella hazaña me llenó de orgullo y poco faltó para que echara a correr para buscarlo y contárselo, pensando en granjearme su estima con ello, pero reflexioné y no lo hice. No, seguramente no le daría importancia. Preguntaría cuál podía ser su utilidad y, entonces, ¿qué le respondería? Pues que no *servía* para nada, sencillamente era bello...

Así que suspiré y no fui a buscarlo. Pues no servía para nada; no servía para construir una cabaña,

ni mejoraría los melones, ni adelantaría la cosecha de la fruta. Era algo inútil, era una nadería y una presunción. Él lo despreciaría y haría algún comentario mordaz. Pero para mí no era despreciable. Y dije: «¡Oh, fuego, yo te amo, delicada criatura rosada, pues eres hermosa, y eso me basta!». Estuve a punto de estrecharlo contra mi pecho, pero me contuve. Luego formulé otra máxima de mi creación, pero se parecía tanto a la primera que temí que se tratara de un plagio: *El Experimento quemado rehuye el fuego*.

Abrí otro agujero, y cuando conseguí hacerme con un buen manojo de polvo de fuego, lo puse sobre un puñado de hierba seca y marrón con la intención de llevarlo a casa y conservarlo para jugar. Pero el viento lo golpeó, lo dispersó y me lo escupió en la cara con fiereza; entonces lo solté y eché a correr. Cuando volví la vista, el espíritu azul se alzaba estirándose y cabeceando cual nube, y de pronto pensé en darle un nombre —¡humo!—, aunque juro que jamás había oído hablar del humo. Pronto surgieron de él luminosos destellos amarillos y encarnados y los nombré al instante —¡llamas!—, y también acerté, aunque aquellas eran las primeras llamas sobre la faz de la tierra. Se subieron a los árboles y brillaron espléndidas, saliendo y entrando de aquella crepitante torre de humo que no dejaba

de crecer, y empecé a batir palmas y a reír y a bailar, fuera de mí, ¡aquello era tan nuevo y tan extraño, tan magnífico y tan hermoso!

Entonces llegó él corriendo. Se detuvo a mirar y estuvo varios minutos sin decir una palabra. Luego me preguntó qué era aquello. Ah, fue una lástima que formulase una pregunta tan directa. Pero era evidente que tenía que responderle, y así lo hice. Le dije que era fuego. ¿Qué culpa tenía yo de que le molestara que yo lo supiera y que tuviera que preguntarme? No tenía la menor intención de molestarlo. Tras una pausa quiso saber:

—¿Cómo llegó?

Otra pregunta directa que merecía una respuesta directa.

—Lo fabriqué yo.

El fuego se alejaba cada vez más. Él se acercó al borde del lugar quemado y estuvo examinándolo. Dijo:

—¿Qué es esto?

—Brasas.

Cogió una para estudiarla, pero al instante cambió de idea y volvió a dejarla. Luego se marchó. Nada le interesa.

Pero a mí sí me interesaba aquello. Había ceniza de color gris, suave, delicada y hermosa: supe

lo que era de inmediato. Y también las ascuas. Encontré mis manzanas y las saqué, y eso me alegró mucho. Pues soy muy joven y tengo buen apetito. Pero luego sufrí una decepción: estaban reventadas y estropeadas. Aparentemente, en realidad no era así: resultaron más ricas que las crudas. El fuego es hermoso, y algún día será útil. Creo.

Viernes

El lunes al caer la tarde volví a verlo, pero sólo por un momento. Tenía la esperanza de que alabase mis esfuerzos por mejorar el territorio, pues mi intención era buena y había trabajado duramente. Pero no le había agradado, se dio la vuelta y me dejó. También estaba disgustado por otra razón: otra vez había intentado convencerlo de que no cruzara las Cataratas. Y es que el fuego me había revelado una nueva emoción... nueva, y muy distinta al amor, a la pena, o al resto de las que conociera: el miedo. ¡Y es horrible! Ojalá no lo hubiera descubierto, me hace pasar momentos oscuros, arruina mi felicidad, me hace temblar, me estremece y me sacude. Pero no pude convencerlo, pues él aún no ha descubierto el miedo, y por eso no alcanzó a entenderme.

FRAGMENTO DEL DIARIO DE ADÁN

Quizá debería tener en cuenta que es muy joven, poco más que una niña, y ser más condescendiente. Es todo interés, ansia, vivacidad; para ella el mundo es encanto, milagro, misterio, alegría. Se queda muda de placer cada vez que encuentra una flor nueva; tiene que mimarla, acariciarla, olerla, hablarle y prodigarle toda clase de nombres cariñosos. Y está loca por los colores: las rocas marrones, la ocre arena, el musgo gris, la verde hojarasca, el cielo azul, el atardecer perlado, las purpúreas sombras de las montañas, las doradas islas flotando en el ocaso sobre mares carmesíes, la pálida luna navegando entre las nubes rasgadas, las estrellas engalanadas brillando en la inmensidad del espacio. Por lo que sé, nada de ello tiene utilidad alguna, pero tienen color y majestuosidad, y eso le basta. Y pierde la cabeza. Si pudiera tranquilizarse y permanecer callada al menos unos minutos, consti-

tuiría un espectáculo apaciguador. En ese caso creo que disfrutaría contemplándola; estoy seguro de que podría, pues estoy empezando a constatar que es una criatura notablemente gentil: ágil, esbelta, elegante, aseada, redondeada, bien formada, diestra, llena de gracia. En una ocasión, al verla de pie sobre una roca, blanca como el mármol y bañada por el sol, con su joven cabeza echada hacia atrás mientras se protegía los ojos con la mano para observar el vuelo de un pájaro que cruzaba el cielo, me di cuenta de que era hermosa.

Lunes, a mediodía

Si hay algo en el planeta que no le interese, lo desconozco. Hay animales que me son indiferentes, pero no ocurre lo mismo con ella. No discrimina, le gustan todos, los considera tesoros, y a todos los acoge.

Cuando el poderoso brontosaurio llegó dando zancadas, lo miró como si fuera toda una adquisición. Yo pensé que era una calamidad. Buena prueba de la falta de armonía entre nuestra forma de ver las cosas. Ella quería domesticarlo, y yo pensé en dejarle la casa y mudarme. Ella pensaba que podía domarlo tratándolo con dulzura y que sería una

buena mascota; yo le dije que no se puede tener en casa una mascota de veintiún pies de alto y ochenta y cuatro de largo, porque, aun con la mejor intención y sin querer hacer daño, se podía sentar encima de la casa y aplastarla. No había más que mirarlo a los ojos para saber que era distraído.

Y, sin embargo, se empeñó en conservar al monstruo, no estaba dispuesta a renunciar a él. Pensaba que podríamos abrir una lechería y quiso que le ayudara a ordeñarlo. Pero yo me negué, era demasiado peligroso. El sexo no era el adecuado, y de cualquier manera no teníamos escalera. Entonces ella quiso montarlo para contemplar el paisaje. Treinta o cuarenta pies de cola se apoyaban en el suelo, como un árbol caído, y ella pensó que podría escalarlo, pero se equivocaba: cuando llegó a la parte más empinada se resbaló y cayó, y a punto estuvo de hacerse daño si no hubiera sido por mí.

Pero, ¿se quedó conforme? No. Nada le satisface más que la comprobación: las teorías no contrastadas no le van, y no las acepta. Admito que está sobre la pista correcta, me atrae, y percibo que ejerce cierta influencia sobre mí. Creo que si pasara más tiempo con ella adoptaría su método. Ah, y tenía otra teoría acerca del coloso: pensaba que si lo grábamos domesticarlo y ganarnos su simpatía,

podríamos ponerlo en el río y usarlo como puente. Resultó que ya era bastante manso –al menos con ella–, de modo que trató de ponerlo en práctica, pero fracasó: cada vez que lo tenía en el lugar adecuado y estaba a punto de subirse para cruzar el río, se le acercaba y la seguía como una montaña domesticada. Como el resto de los animales. Todos.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE EVA

Viernes

Martes, miércoles, jueves y hoy: sin verlo. Son muchos días de soledad, y, sin embargo, es mejor estar sola que no ser bien recibida.

Pero necesitaba la compañía de alguien, estoy hecha para eso, creo, de modo que trabé amistad con los animales. Son encantadores, tienen la mejor disposición y son amabilísimos. Nunca ponen mala cara, nunca te hacen sentir como un intruso, te sonríen y mueven la cola, si es que tienen, y siempre están dispuestos a retozar o a ir de excursión, o a hacer cualquier cosa que les propongamos. Creo que son unos perfectos caballeros. Durante todos estos días he pasado ratos tan buenos... y en ningún momento me sentí sola.

¡Sola! No, creo que no. ¿Por qué iba a estarlo si siempre hay un tropel cerca? A veces ocupan hasta una extensión de cuatro o cinco acres, y entonces

resulta imposible contarlos. Y cuando te subes a una roca en el centro mismo y contemplas toda esa abigarrada explanada salpicada, cuajada de alegres colores, de un crepitante resplandor y de destellos, y tan llena de franjas que se diría que se trata de un lago. Pero sabes que no lo es. Y también están las tormentas de pájaros sociables y los huracanes de trémulas alas, y cuando el sol ilumina esta conmoción de plumas sobreviene un estallido de colores, todos los que puedas imaginar, tan brillante que llega a cegarte.

Hemos hecho largas excursiones y he visto gran parte del mundo. Casi todo, creo, y por eso me considero la primera viajera, y la única. Cuando salimos de marcha la vista es imponente, no hay nada que se le pueda comparar. Por comodidad, yo cabalgo sobre un tigre o un leopardo, por su suavidad y su redondo lomo que se ciñe a mi cuerpo, y porque son unos animales tan hermosos. Pero para largas distancias, o cuando quiero contemplar el paisaje, monto un elefante. Me levanta con su trompa, aunque sé bajarme sola. Cuando decidimos acampar, se sienta y yo me deslizo por su lomo.

Los pájaros y los animales se tratan con amabilidad y no pelean por nada. Todos hablan, y me hablan a mí, pero debe de ser un lenguaje extran-

jero, pues no consigo entender ni una palabra de lo que dicen. Y, sin embargo, ellos suelen entenderme cuando les respondo, sobre todo el perro y el elefante. Eso me avergüenza. Prueba que son más inteligentes que yo y, por lo tanto, superiores. Me fastidia, pues deseo ser el principal Experimento y estoy decidida a serlo.

He aprendido muchas cosas, y ahora tengo cierta cultura, pero al principio no. Al principio era una ignorante. Al principio me disgustaba porque, por muy alerta que estuviera, nunca conseguía llegar a tiempo para ver el agua correr río arriba. Pero ahora no me importa. He repetido experimento tras experimento hasta saber que no corre hacia arriba, salvo en la oscuridad. Ahora sé que lo hace en la oscuridad, pues el estanque no se seca nunca, y no sería así si el agua no regresara durante la noche. Es mejor poner a prueba las cosas mediante experimentos eficaces. Entonces te instruyes, mientras que si dependes de las suposiciones, las adivinanzas y las conjeturas, jamás sabrás nada.

Hay cosas que una no puede llegar a saber, pero jamás las descubrirá mediante la conjetura y la suposición. No, hay que ser paciente y seguir experimentando hasta descubrir que no las puedes conocer. Y es una delicia que así sea; el mundo

resulta tan interesante... Si no hubiera cosas insondables, resultaría muy aburrido. Incluso el esfuerzo por descubrir algo sin conseguirlo resulta tan interesante como tratar de descubrir y descubrirlo, o tal vez más. El secreto del agua constituyó un tesoro hasta que lo descubrí; luego, la emoción desapareció y conocí el sentimiento de pérdida.

Gracias a los experimentos sé que la madera flota, y también las hojas secas, y las plumas, y muchas otras cosas. Y gracias a todas esas pruebas acumuladas sabes que la roca flotará, pero tienes que conformarte con saberlo, pues no hay modo de probarlo... hasta ahora. Pero encontraré el modo, y entonces esa excitación desaparecerá. Esas cosas me afligen, porque poco a poco, a medida que vaya descubriéndolo todo, el entusiasmo irá extinguiéndose, ¡y me gusta tanto! La otra noche no fui capaz de dormir pensando en todo ello.

Al principio no lograba averiguar para qué había sido creada, pero ahora creo que es para desvelar los secretos de este mundo maravilloso y ser feliz, y agradecer al Dador que lo haya creado. Pienso que aún hay muchas cosas que debo aprender... así lo espero. Y si economizo y no me apresuro demasiado, creo que aún puedo tardar varias semanas. Confío en que así sea. Cuando sueltas una pluma, navega por el aire

hasta perderse de vista; cuando lanzas un puñado de tierra, no lo hace. Cae al suelo, siempre. Lo he intentado una y otra vez, y siempre ocurre así. Me pregunto por qué será. Naturalmente *no* cae, pero ¿por qué habría de fingir que sí? Supongo que se trata de una ilusión óptica. Quiero decir, una de dos. Pero no sé cuál. Puede ser la pluma o el terrón; no puedo probar cuál, sólo puedo demostrar que o bien un fenómeno u otro es un engaño, y dejar que cada persona haga su elección.

Tras observarlas, he llegado a saber que las estrellas no durarán mucho. He visto a algunas de las mejores fundirse y precipitarse cielo abajo. Y si una puede fundirse, todas lo harán; y si todas pueden fundirse, quizá lo hagan en una sola noche. Me sobrevendrá esa pena, estoy segura. Me he propuesto velar todas las noches y contemplarlas mientras me queden fuerzas; grabaré esos brillantes campos en mi memoria, de modo que cuando desaparezcan pueda restaurar a mi arbitrio esas hermosas miríadas en el negro cielo y hacerlas brillar de nuevo, y verlas duplicarse en el temblor de mis lágrimas.

TRAS LA CAÍDA

Cuando miro atrás, el Jardín me parece un sueño. Era hermoso, inconmensurablemente hermoso y cautivador. Ahora lo he perdido y jamás volveré a verlo.

El Jardín se ha perdido, pero lo he encontrado a *él*, y me siento feliz. Me ama en la medida que puede; yo lo amo con toda la fuerza de mi apasionada naturaleza, y esto, creo, es propio de mi juventud y mi sexo. Cuando quiero saber por qué lo amo, me doy cuenta de que no lo sé, y en realidad no me importa. De modo que deduzco que esta clase de amor no es producto de la razón o las estadísticas, como el amor que uno siente por otros reptiles y animales. Y está bien así. Amo a ciertos pájaros por su canto, pero no amo a Adán por su canto, no, no es eso, cuanto más canta menos me gusta. Y, sin embargo, le pedí que cantara porque deseo aprender a amar todo lo suyo. Estoy segura de que puedo aprender, pues al principio no podía soportarlo y

ahora sí. Es capaz de agriar la leche, pero no importa. Me acostumbraré a esa clase de leche.

No lo amo por su inteligencia, no, no es eso. No hay que culparlo de la inteligencia que tiene, pues no se creó a sí mismo. Es tal y como Dios lo hizo, y es suficiente. Había un buen propósito en ello, de eso estoy segura. Con el tiempo se desarrollará, aunque creo que no será de inmediato; y, además, no hay prisa, está bien tal como es.

No es por sus modales graciosos y considerados, o por su delicadeza, que lo amo. No, en ese sentido tiene sus defectos, pero está bien tal como es, y está mejorando.

No es por su laboriosidad, no, no es eso. Creo que la posee, pero no sé por qué la oculta ante mis ojos. Ése es mi único pesar. Por lo demás, ahora es sincero y abierto conmigo. Estoy segura de que no me oculta nada salvo eso. Me apena que pueda tener un secreto, y a veces me quita el sueño pensar en ello, pero trataré de alejarlo de mi mente. No quiero empañar mi felicidad, que por lo demás es desbordante.

No lo amo por su cultura, no, no es eso. Es un autodidacta, y en verdad sabe un montón de cosas, aunque no sean como él cree.

No es por su caballerosidad, no, no es eso. Ha llegado a herirme. Pero no se lo echo en cara, es una

peculiaridad de su sexo, creo, y él no creó su sexo. Naturalmente, yo preferiría morir antes que herirlo, pero eso también es una particularidad de mi sexo, y no me atribuyo el mérito, pues yo no creé mi sexo.

Entonces, ¿por qué lo amo? *Sencillamente porque es un hombre, creo.*

En el fondo es bueno, y lo amo por eso, pero también podría amarlo si no fuera así. Si me pegara y abusara de mí, seguiría amándolo. Lo sé. Es una cuestión de sexo, creo.

Es fuerte y bello, y lo amo por eso, y lo admiro y estoy orgullosa de él, pero también podría amarlo sin esas cualidades. Si fuera ordinario, lo amaría; si fuera contrahecho, lo amaría, y trabajaría para él, y me esclavizaría por él, y rezaría y velaría su lecho hasta su muerte.

Sí, creo que lo amo sencillamente porque es *mío* y es un *hombre*. No hay otra razón, supongo. Y por eso creo que es tal y como dije al principio: que esta clase de amor no es un producto de la razón o las estadísticas. Viene, sencillamente, nadie sabe de dónde, sin explicación alguna. Y no la necesita.

Eso es lo que pienso. Pero sólo soy una muchacha, la primera que ha analizado este asunto, y pudiera ser que, en mi inexperiencia e ignorancia, no lo hubiera entendido.

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Es mi oración y mi anhelo que muramos juntos, un deseo que jamás perecerá, sino que encontrará cobijo en el corazón de cualquier esposa amante hasta el fin de los tiempos, y llevará mi nombre.

Pero si uno de nosotros tuviera que partir antes, ruego que sea yo; pues él es fuerte y yo débil, y no me necesita tanto como yo a él. La vida sin él no sería vida, ¿cómo podría soportarla? Esta oración también es inmortal y no cesará de entonarse mientras perdure mi raza. Yo soy la primera esposa y seguiré viviendo en la última.

EN LA TUMBA DE EVA

Adán:

Allí donde estuviera ella
estaba el paraíso.